

Las protestas sociales situadas y conectadas. Una lente para abordar las desigualdades en la Argentina contemporánea

Social protests. A lens to address inequalities in contemporary Argentina

Celia Cristina Basconzuelo

Instituto de Investigaciones Sociales, Territoriales y Educativas (ISTE-CONICET).

Universidad Nacional de Río Cuarto

cbasconzuelo@hum.unrc.edu.ar

Resumen

El objetivo de este artículo es analizar tres aristas diferentes, aunque complementarias que problematizan las “desigualdades” en un contexto donde las ideas, las políticas y las resistencias se abrieron paso entre los años ochenta e inicios de los noventa. Primero, se revaloriza un conjunto de ensayos críticos sobre el neoliberalismo cuando sus políticas avanzaban trazando rumbos en distintas naciones del planeta, consolidadas y emergentes. Luego, se resignifica la protesta social situada como dimensión de análisis para el estudio de las desigualdades; para ello se describe una ola de eventos que acaecieron en una ciudad del interior de la República Argentina (Río Cuarto) entre 1989 y 1991. Finalmente, se consideran algunos indicadores de la desigualdad que por esos años atravesaron la realidad argentina en general y cordobesa en particular. La metodología escogida combina técnicas cuali y cuantitativas. Las fuentes bibliográficas acercan la instancia de discusión teórica y el clima de época, mientras la prensa escrita local riocuartense (diario Puntal) permite el relevamiento de los eventos contenciosos y, por último, las estadísticas del organismo oficial INDEC facilitan los datos de los indicadores socio económicos pertinentes.

Palabras clave: Protesta situada – Desigualdades – Río Cuarto- Nación

Abstract

The objective of this article is to analyze three different edges, although complementary, that problematize “inequalities” in a context where ideas, policies and resistance made their way between the eighties and the beginning of the nineties. First, a set of critical essays on neoliberalism is revalued when its policies advanced, charting courses in different nations of the planet, consolidated and emerging. Then, the social protest located as a dimension of analysis for the study of inequalities is resignified; for this, a wave of events that occurred in a city in the interior of the Argentine Republic (Río Cuarto) between 1989 and 1991. Finally, some indicators of the inequality that occurred in those years are considered in Argentina general and in Cordoba in particular. The chosen methodology combines qualitative and quantitative techniques. The bibliographical sources bring the instance of theoretical discussion and the climate of the time, while the local written press from Puntal newspaper allows the survey of the contentious events and, finally, the statistics of the official institution INDEC facilitate the data of the socio-economic indicators.

Keywords: Protest – Inequalities – Río Cuarto - Nation

Cita sugerida: Basconzuelo, C. Las protestas sociales situadas y conectadas. Una lente para abordar las desigualdades en la Argentina contemporánea (2022). Revista *CRONÍA* (2022).

Introducción

La desigualdad social constituye uno de los temas con frecuencia debatido en el campo de las ciencias sociales. ¿Cómo definir en principio dicho término? Podría decirse que se está en presencia de una sociedad desigual cuando impera un reparto desequilibrado de bienes y beneficios, con substanciales y sistemáticas diferencias respecto de la riqueza, la renta, las condiciones laborales existentes, entre otras (Tilly, 2000; Giddens, 1991). Por eso, sería más apropiado pensar el término es plural, es decir, “desigualdades”, tal como en este trabajo se sostiene.

En América Latina, según los informes de la CEPAL (2016), las desigualdades no constituyen un problema de reciente data: son estructurales. Aun así, hubo un período de la historia reciente de nuestras sociedades, en coincidencia con la aplicación de políticas de corte neoliberal, cuando se profundizaron varios indicadores de la inequidad, ya existente, a la vez que se generaron otros nuevos. Entre los ochenta y principio de los noventa, así como se intensificó un discurso legitimador de ese derrotero ideológico escogido, así también se plantearon visiones críticas vertidas desde foros académicos y espacios de debate a nivel mundial donde se alertaba acerca de los efectos regresivos que el neoliberalismo desencadenaría en las sociedades emergentes. Alrededor de ello, cabe examinar ¿qué nudos problemáticos acerca de la desigualdad dimensionaron los científicos sociales? Por otra parte, algunos estudiosos señalan que el problema merece un enfoque multidimensional (Fitoussi y Rosanvallon, 1996; Reygadas, 2004; Wilkinson y Pickett, 2009), por lo que entonces cabe señalar que si bien es usual se empleen indicadores cuantitativos, como ser el índice de Gini, el nivel de distribución del ingreso, la tasa de desempleo, los porcentajes de pobreza, entre los más estudiados, es pertinente preguntarse si es posible considerar otras claves no solo numéricas que nos acerquen al problema. En tal sentido, la protesta social situada ¿puede arrojar luz sobre el tema? ¿Cuáles serían las subdimensiones más pertinentes para fundamentar dicha vinculación? La problemática vista en la escala local ¿resulta suficiente para comprender la complejidad de las desigualdades? ¿O bien, se requiere de un enfoque que la conecte con otra dinámica más general e inclusive contextual?

En relación con estas inquietudes, el artículo analiza tres aristas diferentes, aunque complementarias mediante las cuales se problematizan las desigualdades, ya que éstas se advierten en varios planos del desarrollo económico y social. Por un lado, se trata de revalorizar la literatura histórica y socioeconómica más relevante producida en Europa y las Américas acerca del contexto ideológico y cultural marcado por el avance del neoliberalismo. La selección de un grupo de reconocidos sociólogos e historiadores que, por esos años y en los círculos académicos de Occidente, sentaron sus posturas al respecto, nos parece útil para introducirnos en el abordaje de una corriente de ideas que identificó los núcleos problemáticos que ya se advertían en relación con la desigualdad social. Por otro lado, nos servirá para analizar una dimensión que no ha sido trabajada de modo exhaustivo y, sin embargo, permite dar cuenta de las especificidades del malestar social en distintas escalas, inclusive las locales. En este sentido, se trata de resignificar la protesta social situada e indagar por qué ciertos aspectos constitutivos de lo contencioso como es su frecuencia, los colectivos movilizadas, las demandas, los repertorios y los actores interpelados operan como aspectos indicativos de un grado de desigualdad por el cual atraviesa una sociedad en un momento histórico determinado. Precisamente, un ciclo de protestas (Tarrow, 1997) desenvuelto en una ciudad intermedia del interior de la República Argentina (Río Cuarto) entre los años 1989 a 1991, en los bordes de la pampa húmeda, permite dar cuenta de ello; por eso la escala local y la realidad contextual macro constituyen otra de las subdimensiones recuperadas para el análisis de la protesta.

Respecto de los antecedentes en el tema, las desigualdades en Argentina han sido abordadas por varios autores de las ciencias sociales, atribuyéndose gran parte de los coeficientes materiales regresivos a los condicionantes externos y a las políticas económicas auspiciadas por el menemismo en los años noventa (Svampa, 2005; Bonnet, 2008; Rodríguez, 2018). No han sido ajenas a este balance las miradas a largo plazo que evaluaron cómo se profundizaron los índices desigualitarios ya desde mediados de los años setenta (Cruces y Gasparini, 2010), razón que ha fundamentado pensar en una historicidad de las desigualdades y, por lo tanto, advertir acerca de los problemas estructurales de la sociedad y la economía argentinas (Salvia, 2012).

Por su parte, la protesta social también ha merecido innumerables aportes teóricos y empíricos [1]. Más recientemente se ha destacado la atención por las dinámicas en las ciudades intermedias, aunque para escalas temporales diferentes a la escogida para este trabajo (Roitman y Sabattini, 2017; Quiroga y Biaggini, 2020) y para aspectos temáticos también diferentes (Berti y Cantú, 2020). Pueden citarse también algunas contribuciones que trabajan el nexo entre la desigualdad y las protestas, aunque se aplican para América latina (Lustig, 2020).

Es entonces que un examen más minucioso de la asociación entre protesta y desigualdades, entendiendo la primera

como una dimensión de la segunda, se presenta como un área insuficientemente trabajada desde la perspectiva socio histórica. Así planteada, la protesta social excede una interpretación meramente estática, es decir, no se trata simplemente de recalar en meros indicadores cuantitativos, sino resignificar los aspectos conflictivos que de ella se infieren y, en este caso, se vinculan directamente con el problema a tratar.

La metodología escogida combina técnicas cuali y cuantitativas. Respecto de las primeras, se ha puesto un especial cuidado en la selección y tratamiento de las fuentes que comprenden, por un lado, el diario Puntal, único medio de la prensa local que contaba la ciudad de Río Cuarto en los noventa y que ha provisto los datos para una estadística preliminar de la protesta. Los resultados parciales han sido luego vinculados a las dimensiones cualitativas escogidas (frecuencia, actores movilizados, actores interpelados, demandas, repertorios y contexto) para ser finalmente sistematizados mediante la confección de una tabla Excel. Por su parte, la base de datos provistas por el organismo oficial del país, INDEC, permitió reconstruir los referidos al conglomerado urbano cordobés, que si bien no incluye Río Cuarto puede considerarse indicativo de su situación.

En atención a las preguntas centrales, antes explicitadas, se plantea una estructura del trabajo en tres apartados. El primero, repasa la literatura sociológica e histórica editada en los años noventa y de mayor circulación en Europa y las Américas que abordó la problemática de las desigualdades; mientras el segundo focaliza escalarmente en la protesta social riocuartense y el tercero contextualiza ese malestar, procurando subrayar las articulaciones correspondientes con algunos indicadores socio económicos de las inequidades en el conjunto de Argentina.

Las desigualdades desde el prisma del análisis erudito

Iniciar este apartado implica sentar algunas preguntas cardinales cuando se aborda la producción bibliográfica desde el campo de la sociología, la economía y la historia que hicieron eje en el tema. ¿Qué problemas fueron dimensionados mayormente y asociados con la persistencia y reproducción de las desigualdades? ¿Qué soluciones proponían los intelectuales para mitigar los efectos del neoliberalismo? El propósito es aproximarnos a un debate visible en los años noventa cuando ya se avizoraban, dentro y fuera del continente sudamericano, los efectos sociales de las políticas implementadas conforme los cánones neoliberales. Cabe aclarar que la siguiente reconstrucción bibliográfica no pretende ser exhaustiva sino indicativa de las reflexiones más inquietantes vertidas por referentes de las tres disciplinas antes mencionadas.

Las perspectivas clásicas sobre la desigualdad se habían detenido muy centralmente en indagar sobre la pobreza, a la que se veía como una de las claves más evidentes de los desequilibrios en el reparto de bienes y servicios. Esta mirada estaba muy presente todavía en la obra de los economistas franceses y latinoamericanistas, Pierre Salama y Jacques Valier (1994), quienes de manera impecable estudiaron tendencias, cifras y porcentajes provenientes de los países del tercer mundo [2]. La obra se destaca por una clara interpelación de los fundamentos filosóficos y doctrinales que sostenía el liberalismo en su nueva versión, con un señalamiento expreso de que la inflación, las recesiones y las profundas crisis económicas derivaban en un crecimiento de la pobreza, y por ende, ahondaban los nichos de la inequidad. Cuestionaron también el criterio distributivo de la riqueza, el desmantelamiento del sistema de protección social que otrora se identificó con el Estado de Bienestar; asimismo veían que la privatización de los servicios sociales avanzaba a un ritmo vertiginoso del que solo podían beneficiarse las capas altas y medias enriquecidas (Ibídem: 148). ¿Era posible promover una política económica y social distinta de la liberal? A esta pregunta los dos autores respondieron con la propuesta de resolver el conflicto redistributivo atendiendo a los más desprotegidos, mejorando la productividad y ampliando el mercado interno.

La posmodernidad, la globalización, la nueva pobreza, la exclusión aparecían entrelazados en los análisis de esa época cuando ya se advertía una tensión latente entre ciudadanía política y ciudadanía social, en tanto las libertades adquiridas no se correspondían con la posibilidad plena de gozar de los beneficios de esa modernidad. Los enfoques gramscianos se hicieron eco de esta problemática. Entonces, aquel clarividente anuncio acerca de la pérdida de espacios por parte del Estado y, sobre todo, las transformaciones en el plano de las acciones colectivas pueden encontrarse planteadas desde otra narrativa igualmente crítica, la de Zygmunt Bauman (1997). En opinión del autor, los treinta años precedentes a los noventa fueron decisivos en la reconfiguración de la sociedad industrial, capitalista, democrática y moderna. Entre los grandes cambios señalaba el desmantelamiento del Estado de Bienestar, su incapacidad no solo para asegurar los derechos del ciudadano allí donde el capital no llegaba, sino también para presidir la reproducción del orden sistémico, resignando esa función en manos de las fuerzas del mercado, las cuales “al estar desreguladas ya no se hacían políticamente responsables de sus actos” (Ibídem: 55). Por su parte, los ciudadanos, “despojados de su status de productores” se habían transformado solo “en consumidores” (Ibídem: 57). El mercado, afirma Bauman,

ejerce “una seducción como nivelador y gran divisor” (Ibídem: 58), mientras el individualismo y la imprevisibilidad marcaban el ritmo de la modernidad.

La desigualdad continuaba siendo un foco del debate. Desde la sociología del conflicto, donde puede reconocerse a Charles Tilly (2000) a la sociología del cambio donde podemos ubicar a Zygmund Bauman (2000), resonaba una crítica a la modernidad liberal. En ese marco, la sociedad había dejado de ser previsible, aseguradora, y promotora de solidaridades. Predominaban modelos individualistas. La desigualdad no debía entonces medirse solo con la pobreza, sino considerar otros, como el bienestar, la salud, la nutrición, el poder, la seguridad (Tilly, 2000). Se señalaba también que los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos colectivos se habían disuelto en el marco de una modernidad líquida (Bauman, 2000: 11) y el post panóptico se había perdido, lo cual implicaba el fin de la era del compromiso entre trabajo y capital. Estos diagnósticos examinaban la tensión entre antiguas seguridades, certezas y nuevas incertidumbres, movibilidades y relatividades, presagiando la desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las agencias de acción colectiva, dos procesos que para Bauman resultaban funcionales con la lógica del poder global, ya que éste precisaba de un mundo “libre de trabas, de barreras y de controles” (Ibídem: 19).

La transformación operada por el Estado como consecuencia de la adopción de políticas liberales generó otro núcleo de las críticas. ¿Cómo enfrentar los efectos sociales de la desigualdad con un Estado en retracción? Mediante una fuerte crítica a la posmodernidad, la teoría estructuracionista de Anthony Giddens (1991) destacó claramente ese punto: la pobreza y la exclusión social podían ser aliviadas en cierto modo si el Estado de Bienestar jugaba un papel clave, como en otros tiempos, proveyendo de ciertos bienes y servicios y garantizando la salud, educación y vivienda. Por su parte, Pierre Bourdieu (1999) también se refirió a la retracción del Estado cuando pasó de tener cierta injerencia en las estructuras mismas de la distribución, a otra que solo pretendía “corregir los efectos de la distribución desigual de los recursos en capital económico y cultural. Una situación a la que denominó “caridad de Estado” (Ibídem: 163). Otra advertencia muy importante de Bourdieu fue resaltar que las formas tradicionales de la acción sindical parecían no poder responder a los problemas planteados por las nuevas formas de explotación, desregulación laboral y desarrollo del trabajo temporario. Es decir, responsabilizaba no solo a las clases dirigentes sino también a los colectivos sindicales. Por su parte, Alain Touraine, en la conferencia que pronunció en ocasión de la primera reunión del consejo intergubernamental francés sobre el programa de transformaciones sociales, habló claramente de una gran inversión en las tendencias históricas, marcada por el “ocaso del Estado voluntarista y movilizador” (1994: 2) en simultáneo con el auge y fortalecimiento de las fuerzas económicas, siendo precisamente en este punto de desbalance donde podía explicarse el predominio de las políticas de ajuste de corte liberal ortodoxo. El autor ya alertaba acerca de un “proceso de dimensión mundial” donde los “intereses de influyentes grupos de presión”, incidían para que los controles de la política sobre la economía fuesen eliminados. Al mismo tiempo señalaba que el individualismo y la ruptura de los vínculos sociales y culturales se perfilaban como las principales tendencias de los cambios contemporáneos.

También los historiadores dejaron sentadas sus posiciones. Así, Pierre Rosanvallon (1995) estudió minuciosamente el desmantelamiento del Estado Providencia y las consecuencias en materia de seguro social, anticipando en su análisis las consecuencias regresivas sociales si no se conseguía reconstruir el sentido genuino de la solidaridad y a la vez promover un Estado más activo en la materia; de allí que su apuesta era crear un espacio económico intermedio, a cargo del tercer sector o economía social, que permitiera combinar la garantía de empleo con la lógica de la seguridad social. Un año después, junto con Jean-Paul Fitoussi (1996) plantearon la emergencia de una “nueva era de las desigualdades” que afectaban al salario, las mujeres, las regiones geográficas, las generaciones, las prestaciones sociales, el régimen tributario, la vida cotidiana y lo local. Diferenciaban entre desigualdades estructurales y dinámicas, comprendiendo dentro de las primeras las tradicionales (como ser las que describen la jerarquía de ingresos entre categorías sociales), mientras las segundas remitían a nuevas desigualdades que procedían de la recalificación de diferencias dentro de categorías o clases sociales antes homogéneas. Consideraban que esas desigualdades intracategoriales habían aumentado considerablemente, a la vez que el poder de negociación de los asalariados se había reducido notablemente. Para fines de los años noventa varios pensadores de renombre alertaban entonces de qué modo las sociedades se hallaban en una encrucijada frente al neoliberalismo. ¿Era posible sortear esas dificultades? La pregunta fue planteada por Alain Touraine. Antes de argumentar acerca de las cuatro formas de salida posibles, sus afirmaciones no dejaban duda al decir “no se debería permitir la desaparición de algún control político y social de la economía” (1999: 33). Pero, su defensa de la acción del Estado nacional, como condición para el desarrollo de las sociedades, y su fuerte crítica a la mundialización, no significaba apoyar salidas keynesianas, tampoco populistas ni republicanas. Por el contrario, en-

tendía que la sumisión de la sociedad al Estado debilitaría la democracia. El camino para sociedades más igualitarias y, por lo tanto, equitativas debía provenir fundamentalmente de un resurgimiento de lo social, es decir, de la formación de nuevos movimientos sociales ya que eran los únicos actores -en su opinión- capaces de desencadenar reformas políticas.

Por su parte, Charles Tilly (2000), influyente historiador contemporáneo de los cambios sociales y de la acción colectiva situó el foco de su análisis en las relaciones o vínculos sociales que generan desigualdades al interior de las organizaciones. Desde una explicación funcionalista y mediante un enfoque relacional entendía que existían mecanismos de explotación que favorecían a unos pocos, quienes a su vez accedían a recursos escasos, mientras otros se veían excluidos. Su trabajo no aportaba en sí soluciones al problema, pero ofrecía mecanismos explicativos para entender cómo funcionaba y se reproducía históricamente la desigualdad al interior de las organizaciones.

Frente a este panorama, ¿qué ocurría con los asalariados? La pregunta fue abordada por Robert Castel. Para este sociólogo, los años setenta fueron el momento bisagra a partir de los cuales emergió una “nueva cuestión social”, donde el problema no radicaba en la pérdida de centralidad del trabajo, ni tampoco en el repliegue del crecimiento o el fin del pleno empleo, sino “el no-trabajo que es más que el desempleo” (1997: 324). Junto a esta situación el autor considera que se ha producido la ruptura de una trayectoria, la del Estado Social, y con él la posibilidad de conjurar los riesgos de la sociedad salarial mediante las políticas de protección social.

En síntesis, estas lecturas nos acercan a un análisis crítico que se realizó hacia fines de los años noventa por parte de quienes problematizaron las desigualdades, encontrándose una coincidencia en señalar no solo los indicadores económicos sino también sociales y culturales, así como el rol del Estado que parecía incapaz de frenar la erosión de antiguas configuraciones benefactoras y distributivas frente al reposicionamiento de los actores económicos y las tendencias a la privatización. De igual importancia es el señalamiento que se hizo respecto del agotamiento de las formas organizativas tradicionales por parte de los colectivos movilizados, cuyas lógicas no parecían comprender las nuevas tramas que desarticulaban identificaciones y solidaridades precedentes. Queda claro entonces que el problema de las desigualdades comenzó a crecer en complejidad no solo en razón del deterioro de los coeficientes materiales y de cómo obró el mercado, sino también por lo que no consiguió realizar el Estado en virtud de la adopción, en muchos casos, acrítica del neoliberalismo. La responsabilidad de la clase política, en este punto, era epicentro de las reflexiones sociológicas e históricas. Ahora bien, ¿cómo se vivieron esos años bisagra entre fines de los ochenta y principios de los noventa en una ciudad del interior de Argentina cuando en el país sobrevino otra vez una inestabilidad económica con hiperinflación, debilitó al gobierno democrático radical conducido en ese momento por el presidente Raúl Alfonsín y abrió paso a la alianza del menemismo con las fuerzas políticas representantes del liberalismo?

La construcción social de la protesta situada

Al iniciar este apartado cabe efectuar algunas precisiones terminológicas. Por un lado, entendemos por protesta social una forma de acción colectiva de carácter contencioso, deliberado, con visibilidad pública, protagonizada por actores sociales con demandas específicas que expresan un malestar o descontento y se dirige, directa o indirectamente, al Estado en sus diferentes niveles (Quiroga y Biaggini, 2020; Basconzuelo, 2021). Por otra parte, el calificativo “situada” que acompaña al sustantivo de su inmediata referencia, remite a la escala local donde se visibilizan las acciones contenciosas con sus espacios respectivos. Es así que puede señalarse la ciudad, un perímetro rural o bien aquellas áreas denominadas “periurbanas”, del mismo modo que los escenarios de la lucha (el lugar de trabajo, la plaza, el barrio, la ruta, las redes sociales, etc.). A su vez, el carácter situado alude a las circunstancias políticas, económicas, socio culturales que enmarcan parroquialmente los eventos de la protesta. Finalmente, se emplea el término “construcción social de la protesta” para dar cuenta -por una parte- del conjunto de actores sociales que intervienen de un modo u otro en ella (colectivos movilizados, actores interpelados, aliados, mediadores, entre otros), y por la otra, las relaciones entabladas entre sí, que pueden ser de alianza, confrontación o mediación. Para este trabajo, en razón de los objetivos planteados, solamente nos abocaremos a los dos primeros.

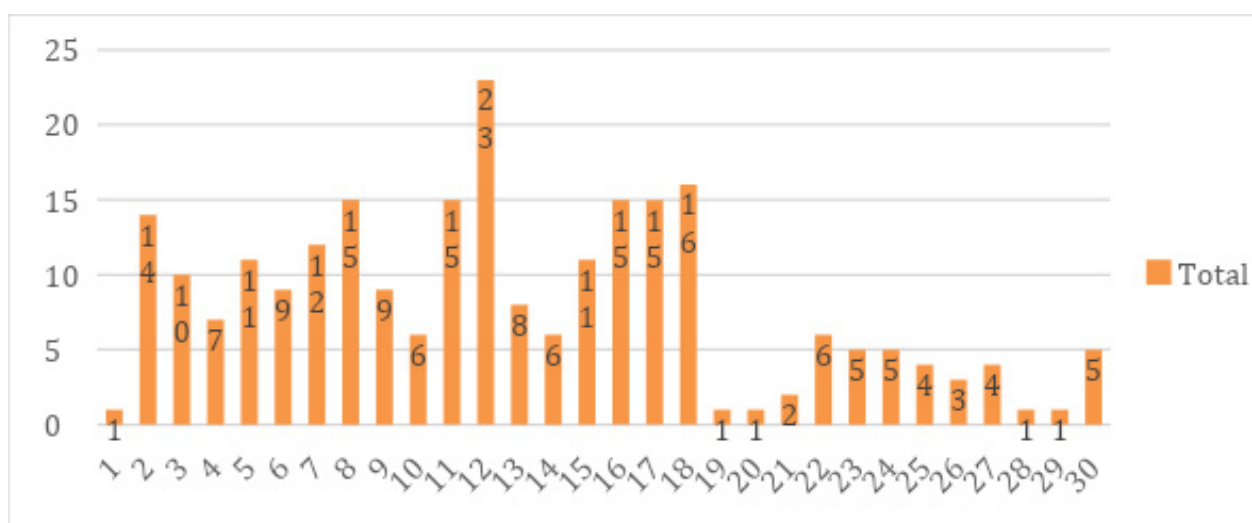
Ahora bien, ¿cuáles son los aspectos de análisis de la protesta que se vinculan con las desigualdades? En este trabajo nos ocuparemos especialmente de la frecuencia, los actores (colectivos movilizados y sujetos interpelados), los repertorios, las demandas y el contexto (macro y micro), entendiendo que cada una de ellas permite inferir a través de sus indicadores respectivos diversos aspectos relacionados con las desigualdades.

1. La frecuencia. Esta variable permite medir la reiteración de la protesta en un lapso temporal escogido y señalar los

momentos de mayor o menor intensidad de la misma (Quiroga y Biaggini, 2020: 71). En palabras similares, es la curva que describen las acciones contenciosas, con sus flujos, reflujos y también mesetas. De acuerdo con estas precisiones terminológicas, entendemos que los indicadores más apropiados para su análisis son: a) la cantidad de eventos registrados en la ciudad de Río Cuarto entre 1989 y 1991; b) la identificación de los meses más y menos álgidos y c) los lapsos de amesetamiento.

El relevamiento de las protestas a partir de las crónicas periodísticas arrojó un total de 241 eventos que tuvieron lugar en esa ciudad durante los tres años indicados, cuya frecuencia se diagrama en la siguiente Figura 1.

Figura 1. Frecuencia de las protestas en Río Cuarto (1989-1991)



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos relevados en diario Puntal

De acuerdo con el histograma los años 1989 y 1990 fueron de intensa movilización en Río Cuarto, mientras la curva descendente predomina en 1991 configurando así una frecuencia que también se ha visto en otros puntos del país [3]. No hay mesetas evidenciadas, es decir, ningún mes del año quedó sin un registro de protesta; la primera mitad del año y hasta inclusive agosto, son meses en que se intensifican las acciones de los distintos colectivos, mientras el resto del año tienden a decrecer. Esa constatación permite inferir un malestar persistente, al menos durante tres años, si bien sabemos que hubo un nuevo ciclo de auge a mediados de los noventa.

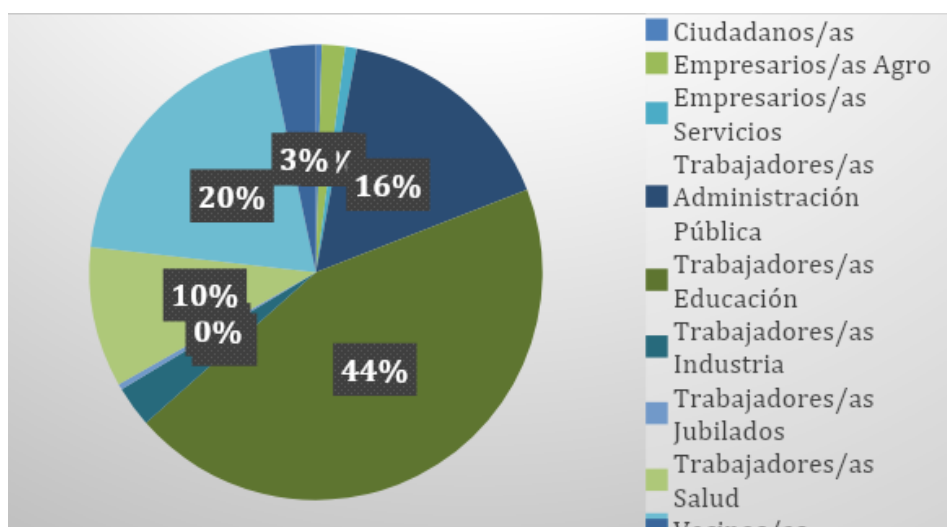
Ahora bien, ¿qué significan estas ondas? ¿Por qué esos meses son más álgidos que el resto? ¿Por qué ese registro es indicativo de un malestar asociado a las desigualdades? La situación de malestar local ¿se conecta con lo acontecido en otras escalas? En relación a la primera pregunta es evidente que algunos acontecimientos han provocado un malestar capaz de movilizar a colectivos sociales para hacerlo visible ante el resto de la sociedad, y además está claro que la situación conflictiva se prolonga en el tiempo. Ese persistente hastío nos exige considerar otras variables, como son los actores colectivos movilizados y sus demandas, para entrever allí una explicación al segundo y tercer interrogante, tal como se verá seguidamente, en tanto el último nos traslada al plano contextual, según el análisis que se presenta al final de este trabajo.

2. Los actores de la protesta. Son los sujetos sociales y/o políticos involucrados en distintas instancias de la protesta y cuya aparición puede ser sincrónica con el evento mismo, o bien alguno de ellos puede estar ausente. De manera desagregada cabe identificar, por un lado, los colectivos sociales que necesariamente se hallan en la movilización ya que son quienes la protagonizan y promueven. Por otro lado, aquellos actores a quienes se les plantea la/s demanda/s y pueden comprender al Estado en sus diferentes niveles (nacional, provincial o municipal) o bien a grupos económicos y/o empresariales privados; aunque pueden estar o no claramente señalizados por los activistas y hallarse explícitamente o no mencionados por las fuentes históricas de análisis, en este caso el periódico. Puede añadirse a

esta mención los aliados del colectivo protestatario -si los hubiera- con quienes aúnan esfuerzos, construyen redes o se vinculan. Finalmente, los intermediarios, quienes eventualmente juegan un papel durante la protesta en caso de oficiar de negociadores o mediadores.

En este trabajo, y de acuerdo con los objetivos planteados, nos interesan particularmente los dos primeros. Es así que la siguiente Figura 2 se ocupa de quienes enarbolaron las demandas. Cabe aclarar que la fuente consultada no permite conocer la cantidad numérica y/o porcentual de cada actor movilizado, de manera que las cifras aquí indicadas representan los totales respecto del conjunto del colectivo protestatario.

Figura 2. Actor protestatario



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos relevados en diario Puntal

En el marco de una ciudad que por entonces reunía una población de 110.100 habitantes según el censo de 1980, para alcanzar la cifra de 138.850 en 1991, los actores que mayormente se movilizaron -según los datos recolectados- fueron los trabajadores de la educación (44%), comprendiéndose en ellos docentes universitarios, no docentes de la UNRC, docentes nacionales agremiados a CTERA y provinciales agremiados a UEPC. Esta composición social de la onda contenciosa explica por qué los meses iniciales del año (febrero/marzo) y luego la segunda parte (julio/agosto) se presentan con una fuerte alza, ya que son los momentos previos al comienzo del año escolar y cuando se rediscuten las paritarias del sector. En segundo orden puede indicarse a los trabajadores de los servicios (20%), donde podían contarse los empleados de la empresa provincial de obras sanitarias, de los servicios telepostales y de la comunicación, como ENTel y ENCoTel, cuya movilización por esos años da cuenta del impacto local -como se verá- de las grandes reformas estructurales que tuvieron como epicentro los organismos de gestión estatales nacionales. Del mismo modo se explica un 16% donde se concentran los empleados de la administración pública pertenecientes al poder judicial de la nación, así como los trabajadores municipales. La activación de estos últimos acaece en razón de circunstancias que atraviesan los espacios subnacionales como efecto de la descentralización del Estado y la consiguiente reasignación de funciones, aunque sin presupuesto suficiente, en el orden de las comunas locales. Luego, un 10% de los trabajadores que protestaron pertenecían al campo de la salud, afectado tanto por el deterioro salarial como la falta de presupuesto para el funcionamiento de los establecimientos públicos sanitarios. Un 3% de las protestas fueron encabezadas por vecinos que bregaban por mejoras para su sector barrial; un 1% eran empresarios relacionados con el agro que expresaron de ese modo su disconformidad frente a las políticas aplicadas por el menemismo y el resto, que totaliza un 6%, comprendió a jubilados [4] y trabajadores de la industria. Si éstos no representan un núcleo porcentual más relevante en la movilización local debe atribuirse a las características socio económicas de la ciudad de Río Cuarto, donde la actividad del sector no tenía un fuerte desarrollo sino el comercio y los servicios.

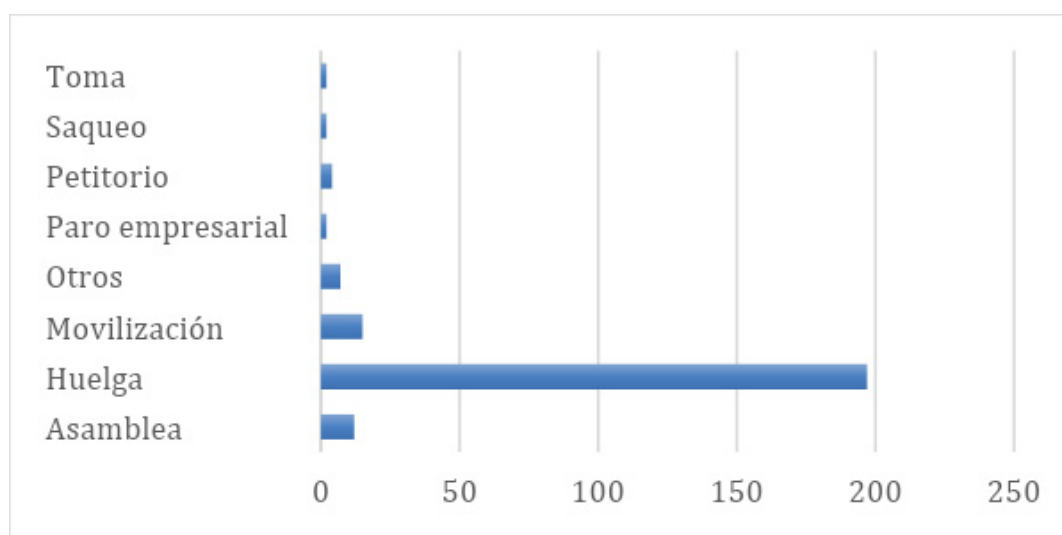
Ahora bien, si es relevante identificar a quienes se movilizan en el escenario social, del mismo modo se debe proble-

matizar quiénes y por qué se hallaban ausentes. Justamente, durante el ciclo de estudio llama la atención que la fuente periodística no hiciera mención alguna de los empleados de comercio, sin que se haya podido registrar ninguna protesta. ¿Sería quizá porque el importante gremio que los nuclea conseguía mejoras para sus asociados? ¿El diario no refirió sus protestas? En cualquier caso, se requiere de una mayor indagación específica.

Finalmente, durante esos años, un actor político (el Estado) es blanco del conjunto de las críticas y demandas que esos actores plantean reiteradamente. Sea en la escala nacional, provincial y/o municipal los gestores estatales se ven repetidamente interpelados por quienes no cejan en hacer visible su malestar. En menor medida lo fueron también las organizaciones empresariales (públicas y privadas).

3. Los repertorios. Se estudian aquí los tipos de acción desarrollados por los actores en sus contextos (Tarrow, 1997), los cuales pueden presentarse bajo un formato convencional (petitorio, asamblea, huelga, paro, marcha, manifestación, toma, saqueo, olla popular, apagón, rebelión fiscal, etc) o bien, novedoso (intervención artística, escrache, corte de vía pública, cacerolazo, caravana de autos, etc.). Los correspondientes al período se reflejan en la siguiente Figura 3.

Figura 3. Los repertorios

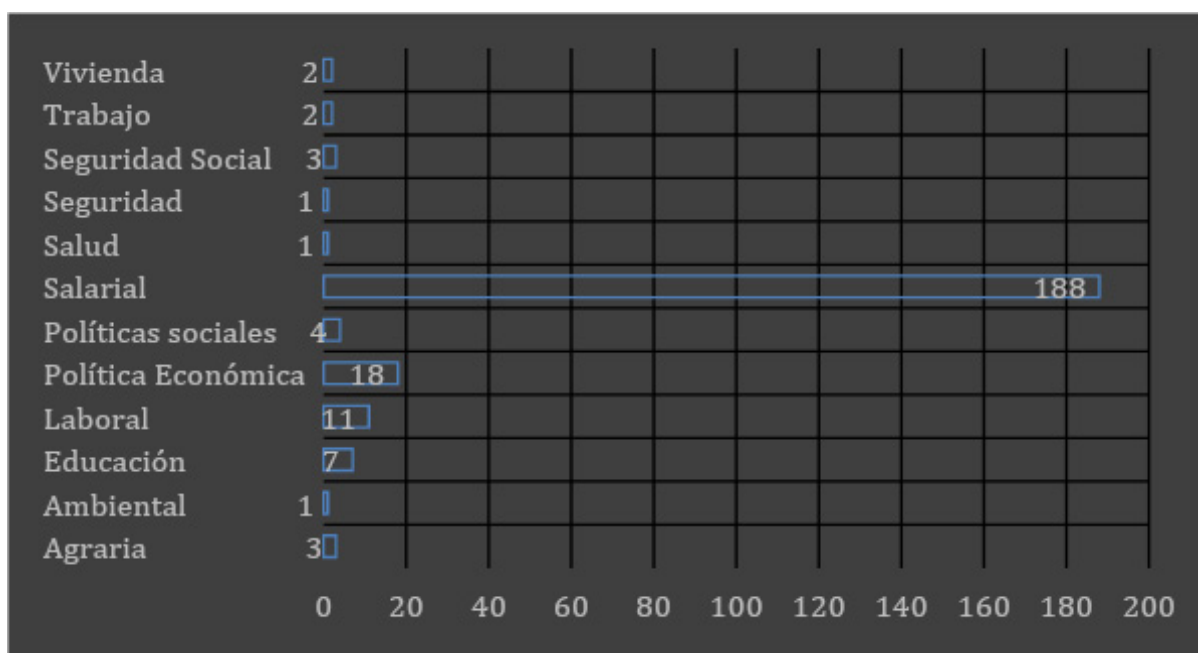


Fuente: Elaboración propia a partir de los datos relevados en diario Puntal

De acuerdo con el gráfico, se imponen numéricamente las huelgas, en correspondencia directa con la matriz sindical de la época, aunque muchas veces se combina con movilizaciones, asambleas y ollas populares. Y como dato novedoso, aunque muy puntual, cabe consignar los saqueos [5] que en el mes de mayo de 1989 se produjeron en la ciudad y tuvo como escenario los supermercados, del mismo modo que se veía en los grandes centros urbanos. En el caso de Río Cuarto se trató de 3 episodios registrados por la prensa que acontecieron en la zona del macrocentro y fueron protagonizados por individuos de escasos recursos, según detalla el diario (Puntal, 30/5/1989, p. 1). El paro empresarial comprende a los actores nucleados en Federación Agraria, principalmente, mientras los petitorios corresponden al formato elegido por vecinos de los barrios en reclamo por mejorar para su sector.

4. Las demandas. Es un término que en el léxico de la protesta define el/los tipo/s de reclamo/s que encaran los colectivos sociales. Según los datos condensados en la Figura 4 es abrumadora la movilización social para requerir aumentos de salarios, un indicador clave en materia del ingreso familiar y que por esos años batalla fuertemente para frenar su estrepitoso deterioro causado tanto por la hiperinflación como por el fuerte incremento en el índice de los precios de la canasta familiar.

Figura 4. Demandas de la protesta situada



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos relevados en diario Puntal

Luego, entre fines de 1990 y principios del año siguiente, los reclamos se nutrieron de un fuerte cuestionamiento a las políticas económicas adoptadas (en referencia a las neoliberales que ya desmantelaban las oficinas públicas estatales); se sumaban las demandas por mejoras laborales, mientras por su parte las educativas se referían a la fuerte resistencia de los trabajadores de la educación ante la aplicación de la Ley Federal de Educación, la cual entre otros efectos provocaría la desaparición de las escuelas técnicas.

5. El contexto. Este aspecto del análisis remite a las condiciones socio políticas, económicas y culturales nacionales y locales (sin obviar algunos condicionantes globales) que enmarcan la configuración de esa acción contenciosa y pueden incidir como flujo o reflujo de la misma. Los histogramas precedentes constituyen específicamente el perfil cuantitativo de lo contencioso en Río Cuarto, pero se explican en relación con aspectos cualitativos, entre los cuales pueden indicarse un conjunto de acontecimientos que paulatinamente fueron conformando un cuadro de inestabilidad económico-financiera que devino en un desenlace fue político-institucional.

En efecto, el año 1989, que a nivel mundial marcaría el derrumbe del muro que separaba economías y regímenes políticos confrontados, fue indicativo en Argentina del deterioro de varios indicadores monetarios que ya en los primeros meses comenzaron a visibilizarse e incidieron fuertemente en el rumbo de la economía nacional del mismo modo que en la local y por ende en la hogareña de cada ciudadano. Las pizarras de las casas de cambio, tal como ilustraban las portadas del diario Puntal, reflejaban la escalada del dólar que entre marzo y mayo sí hizo incontenible. La moneda estadounidense triplicó su valor y así pasó de cotizar 17,70 australes a un valor de 100 durante ese brevísimo período, mientras las tasas de interés treparon al 127%. El desequilibrio para las arcas fiscales y para la soberanía monetaria fue inmediato e impactante: el austral, que era la moneda vigente por entonces, se devaluó y se intentó fijar -sin éxito- un único tipo de cambio. Nada parecía contener la suba desmedida de las tarifas de los servicios públicos y los precios del combustible, así como el de los alimentos básicos. Era la hiperinflación que arrastró consigo la renuncia anticipada de Raúl Alfonsín, en junio, a su cargo de presidente de la nación y determinó el adelantamiento de la asunción de Carlos Menem, electo democráticamente, para el mes siguiente cuando en realidad debía ocurrir el 10 de diciembre. La gente, también en Río Cuarto y así como acontecía en todo el país, salió a la calle y protestó, marcando una frecuencia alcista que incluyó episodios de saqueo.

Ya en marcha el nuevo gobierno evidenció los deslizamientos que iba a experimentar desde una matriz peronista renovadora y provinciana a la alianza, primero, con los representantes de los grupos económicos en el ministerio de

economía y luego con el ala liberal de la partidocracia argentina, representada entonces por la UCD, que colonizó la gerencia estatal de los servicios públicos. Luego de un momento de transición comenzó entonces a gestarse la modificación de la matriz estatal que se perfiló como un proceso estructural y cultural al mismo tiempo (García Delgado, 1996), direccionado según el Consenso de Washington y el Plan Brady, siendo ejecutado en un breve lapso de tiempo, lo que impactó todavía más.

Solo entre agosto y septiembre de 1989 se redactaron, legislaron y sancionaron dos leyes clave para todo el modelo neoliberal: la Ley de Emergencia Económica (Nº 23.696) y la de Reforma del Estado (Nº 23.697) para complementarse en 1991 con la Ley de Convertibilidad. Las implicancias y los alcances de cada una eran diferentes, aunque complementarias en sí mismas, ya que, si la primera ley modificaba el anterior sistema de protección industrial y desregulaba la economía, la segunda abrió las puertas para el ajuste y todo el proceso de reestructuración y privatización de las empresas estatales nacionales. Las mismas páginas del diario Puntal mostraron ese camino: primero se inició en el área de transportes, con una fuerte afectación para la línea aérea de bandera y los ferrocarriles, prosiguiendo después con el servicio de teléfonos.

Lo glocal adquiriría pues una manifestación bien concreta ya que había un contexto internacional favorable para emprender políticas de liberalización y desregulación que debía corresponderse con una apertura de los países periféricos (Salvia, 2012). Sin embargo, la decisión de trazar una política económica conforme lo sugerido por el Consenso de Washington (disciplina fiscal, reducción del gasto público, liberalización comercial, privatización, desregulación, seguridad jurídica a la propiedad) fue obra de los elencos gubernamentales locales. Precisamente, a eso sirvió un discurso político que desvirtuaba la intervención del Estado, instalaba una imagen de ineficiencia y ponderaba, en contraste, las bondades del mercado (Barros, 2002). Un discurso que inclusive correspondería remontar a mediados de los años setenta e inclusive principio de los ochenta.

En principio, el Plan de Convertibilidad diseñado por el economista Domingo Cavallo y su equipo de tecnócratas de la Fundación Mediterránea resultaba exitoso en términos numéricos, con un incremento del PBI y control inflacionario; una ecuación que en términos político sociales recibía el respaldo tanto del arco partidario propio y opositor como por parte de la ciudadanía. Las protestas registraron sus niveles más bajos. No obstante, los éxitos de dicho Plan encerraban un proceso de implosión que fue insinuándose territorialmente y configurando de a poco un escenario poblado de costosos resultados, con una profundización de la desigualdad (Azpiazu, 2010) que impactó en los fragmentos medios de las clases medias (Svampa, 2005). El desempleo trepó, el empobrecimiento de una franja de las clases medias se hizo más notorio. Nuestros trabajadores riocuartenses pertenecientes a los servicios públicos y al área educativa testimonian claramente con sus luchas protestatarias, desde los lugares de trabajo y/o en el espacio público local, ese trayecto que invertía toda una historia de progreso que identificó a las clases medias argentinas desde fines del siglo XIX y que en este período de la historia local y nacional comenzaba un camino de descenso.

Ahora bien, debe repararse también en la escala local de la protesta para comprender más acabadamente la subdimensión contextual, pues una problemática tan compleja como la desigualdad también se alimenta de las situaciones microescalares. ¿Qué especificidades reunía este espacio subnacional? El perfil histórico e identitario de Río Cuarto encuentra su base de sustentación en el comercio y los servicios, por eso esta área de la dinámica urbana proveyó los cuadros sociales de la protesta local. El sector industrial tenía una relativa importancia, siendo los rubros más importantes los productos alimenticios y los derivados de las materias primas del agro. Por lo tanto, no se estaba ante la presencia -ni tampoco en la actualidad- de un desarrollo industrial tal que auspiciara un marco para el despliegue intensivo de una clase obrera. La universidad pública, otra de sus instituciones relevantes, provee de un conjunto de actores -docentes y no docentes- que se mostraron muy activos en la protesta durante los años escogidos. El agro, por su parte, representa el cinturón productivo que rodea la ciudad y vuelca en ella su dinámica; y si bien no fue un sujeto activo en la protesta ello no significa que estuviera ausente y además por otras vías (asociativa) ejercía influencias y hacía conocer sus demandas.

La articulación de la protesta en una cartografía de las desigualdades

Varios indicadores son usualmente asociados cuando se trata de explicar por qué una sociedad es más desigual que otras. Aquí nos concentraremos en salarios, PBI, desempleo y distribución del ingreso, sin desconocer que otros también pueden haber incidido en el panorama que asoló el escenario social por esos años finales de los ochenta. Veamos estos porcentajes a partir de las estadísticas oficiales conservadas por el INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos), que son realizadas a partir de los datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH). Es importante aclarar

que éstos se hallan referidos a la población de los aglomerados urbanos y no desagregaban respecto de medianas y pequeñas ciudades.

En primer lugar, considerando una serie de larga duración desde 1946 a 1996 y si se toma como base 1970=100, se advierte que el indicador salario real muestra para el año 1973 (gobierno de signo peronista) el máximo valor alcanzado durante ese período (132/100), para luego seguir una curva descendente hasta el año 1977 (régimen militar con política liberal) (78/100), recuperando en 1983 (gobierno radical) el valor de 114/100 para volver a caer en 1989 a 68/100, marcando así el valor más bajo de todo el período considerado. La recuperación se inicia a partir de ese año para alcanzar en 1993 (gobierno menemista) el valor de 88/100, pero aun así no vuelve a registrarse aquellos valores de los años setenta.

¿Cómo ha sido el comportamiento inflacionario? Puede observarse que la tasa media de inflación anual en Argentina, analizada en los diez años que van de 1980 a 1990 escaló brutalmente de un 101% al 344% en 1983, y luego al 3080% en 1989, para descender al 25% en 1992. La misma tendencia siguieron, de acuerdo con los hallazgos anteriores, la frecuencia de la protesta y las demandas con eje en la disputa salarial.

En segundo término, puede considerarse el crecimiento del PBI puesto que mide cuánto se desarrolla la economía de una sociedad. Su particularidad en Argentina es registrar permanentes oscilaciones. Como lo ha notado Salvia (2012: 39) la tasa promedio de crecimiento del PBI per cápita, desde principio de siglo XX, se ubica en 2,3% anual, con una tendencia decreciente y una inestabilidad creciente. A lo largo de los ochenta decae o se estanca: es de 3,9% en 1983, de -7,6% en 1985, de 7,9% en 1986, a -7,5% en 1989 con una recuperación de 12,7% en 1991 y 11,9% en 1992. Es decir, si bien los noventa se corresponden con un crecimiento económico no alcanzó para corregir la desigualdad, antes bien ésta se vio agravada por la tasa de desocupación e informalidad laboral como consecuencias de las políticas públicas neoliberales (Salvia, 2012: 71), en el marco a su vez de un endeudamiento público y privado en los mercados internacionales de capitales (Cruces y Gasparini, 2009).

En tercer lugar, la medición de la tasa de desempleo representa un indicador igualmente de importancia, y que cualitativamente implica la pérdida de cultura del trabajo, del bienestar material y la caída en la pobreza, en caso de prolongarse en el tiempo. En términos porcentuales, pasa del 2,6% en 1980 al 6,1% en 1985, 7,7% en 1989, desciende al 6,5% en 1991 para luego elevarse al 17,9% en 1997.

En cuarto término, la distribución del ingreso medida a través del coeficiente de Gini es, inequívocamente, es otro de los indicadores pertinentes cuando se pretende registrar las desigualdades. Se sabe que a medida que el valor indicado se aleja de 0 y se acerca a 1, la sociedad se torna más desigual. De acuerdo con el INDEC, para el caso de Argentina, el índice pasó de 0,40 en 1980 a 0,45 en 1989. A su vez, en este año, y mientras la participación en el ingreso nacional del 20% de la población más pobre era de 4,1%, la correspondiente al 20% de la población más rica era de 52,6%. A su vez, si se considera el caso de Córdoba [6] en su conjunto, ya que es imposible obtener cifras del INDEC para la ciudad de Río Cuarto, pues no se computa para cada ciudad sino conglomerado urbano, puede observarse a inicios de los años ochenta 0,45 en comparación con Buenos Aires (0,46) y Catamarca, Neuquén, Posadas, Corrientes, Tucumán que registran cada 0,48. Es decir, los y las cordobeses experimentan un nivel de desigualdad menos pronunciado que en otras ciudades del país.

https://biblioteca.indec.gov.ar/bases/minde/2mi199_1982oct.pdf

A modo de conclusión

El propósito de este artículo ha sido contribuir en la discusión sobre la desigualdad, entendiendo que debería hablarse de “desigualdades”. El desarrollo del texto se ha centrado en tres aristas complementarias y, entre las cuales un énfasis particular mereció la protesta social situada. Primeramente, se mostró cómo un grupo de reconocidos sociólogos e historiadores identificó durante los años noventa los núcleos problemáticos que ya se advertían en relación con la desigualdad social, convirtiéndose en voces críticas y alertando acerca de los costos sociales que depararía la adopción del neoliberalismo, sobre todo, si el Estado abandonaba la matriz distribucionista y de bienestar. Seguidamente, se demostró por qué la protesta social puede considerarse una dimensión valiosa, entre otras, para estudiar las desigualdades. Específicamente, si durante un período de tiempo (ciclo) prevalece una sistemática apelación a la acción contenciosa (frecuencia), con un claro señalamiento del destinatario del malestar, si además se apela a modalidades confrontativas propias de una época en particular (repertorio) y sobre todo, si la gente expresa sus reclamos (demandas), entre los cuales predominan indicadores de la desigualdad (pérdida de poder adquisitivo, deterioro salarial, desempleo), ello es indicativo de que al menos uno o varios colectivos sociales experimentan una situación crítica. Más aún, si la protesta

es situada puede percibirse a ras del suelo quiénes, cómo y por qué vivencian y reaccionan frente a las desigualdades. No obstante, es pertinente conectar el ciclo contencioso de la escala local con el contexto general, ya que de ese modo puede notarse si los indicadores se reproducen, intensifican o bien lo particularizan.

En este sentido, analizar una protesta situada en clave subnacional y a la vez conectada a su contexto marco permitió constatar que la combinación de hiperinflación y deterioro salarial en 1989 provocaron un malestar mayormente en las franjas de las capas medias riocuartenses, por cuanto también ellas comenzarían a experimentar los efectos del empobrecimiento y por ende el camino descendente hacia los índices de las desigualdades; mientras las reformas estructurales encaradas entre ese año y 1991 y que significaron la privatización de los servicios siguieron un ritmo diferenciado en la provincia mediterránea y en todo caso fue posterior al registrado a nivel nacional. Sin embargo, otro grupo de reformas que tenían como blanco a la administración pública nacional y la educación encontraron sucesivos colectivos movilizadores que hicieron sentir su voz ante los avances de la privatización y la mengua de recursos presupuestarios municipales provocados por la descentralización. Novedosas tendencias que incidirían en una también novedosa situación de empobrecimiento para las clases medias locales cuyo proceso merece ser investigado con mayor profundidad.

Notas

[1] Sería imposible resumir aquí la prolífica producción existente sobre protestas entre los años ochenta y noventa. Sin embargo, pueden citarse los trabajos de N. Carrera y M. Cotarelo, G. Delamata, A. Scribano, F. Schuster. En tanto, M. Gordillo, P. Sorrivas, X. Cabral y M. Ciuffolini para la ciudad de Córdoba, así como S. Roitman para Villa María.

[2] Pierre Salama ha continuado con el análisis de la desigualdad, abordando particularmente las diferentes maneras en que el crecimiento en América latina se combina, sin embargo, con la desigualdad. Véase Salama (2006).

[3] Véase Marcelo Gómez (1997), Schuster, Pérez et. al. (2006) y Retamozo y Trujillo (2018) para todo el país, donde se muestra que la curva de las protestas sociales entre 1989 y 1990 fueron intensas, para luego descender desde 1991 un 12,5% y mantener esa tendencia hasta 1993.

[4] La protesta de quienes ya no integraban la población económicamente activa se explica en el marco de un movimiento incentivado a nivel nacional por esos años y que reclamaba frente a los magros porcentajes de sus jubilaciones, bajo la figura emblemática de Norma Plá.

[5] Siguiendo a Di Meglio y Serulnikov (2017), el saqueo puede definirse como una acción colectiva contenciosa que emplea recursos de violencia, por lo que no correspondería encuadrarlo estrictamente dentro de la categoría de protesta social. Podría agregarse que es confrontativa y apela a un mecanismo de apropiación de bienes muebles y/o inmuebles.

[6] La situación de Córdoba por esos primeros años de los noventa fue muy particular y ciertamente diferenciada de la tendencia nacional ya que el proceso de ajuste se retrasó hasta mediados de la década, tal como han mostrado los trabajos de Mónica Gordillo sobre la protesta social.

Fuentes editas

Puntal. Río Cuarto. Años 1989 a 1991.

INDEC. <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Institucional-Indec-InformacionDeArchivo-2>

Bibliografía

Azpiazu, D. (2010). La difícil reversión de los legados del neoliberalismo. La recuperación industrial en Argentina en la posconvertibilidad. *Nueva Sociedad*, número 225, 31-46.

Bauman, Z. (1997). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid, España: Ediciones AKAL.

Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. D.F., México: Fondo de Cultura Económica.

- Barros, S. (2002). *Orden, democracia y estabilidad: discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*. Buenos Aires, Argentina, Alción Editora.
- Basconzuelo, C. (2021). Colectivos sociales movilizados en Río Cuarto: la protesta social en 1989. *XVII Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia*. Catamarca, Argentina: UNCa.-Editorial Científica Universitaria.
- Berti, S. y Cantú, A. (2020). La construcción de la protesta social en el noticiero televisivo. *Luciérnaga. Revista Científica*, volumen 12(24), 16-39.
- Bonnet, A. (2008). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Madrid, España: Ediciones AKAL.
- Castel, R. (1997). La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado. Barcelona, España: Paidós.
- CEPAL (2016). *La matriz de la desigualdad social en América Latina*. <http://www.cepal.org/>
- Cruces, G. y Gasparini, L. (2010). Los determinantes de los cambios en la desigualdad de ingresos en Argentina. *Serie de Documentos de Trabajo sobre Políticas Sociales*, N° 5. Banco Mundial.
- Di Meglio, G. y Serulnikov, S. (Comps.). (2017). *La larga historia de los saqueos en la Argentina. De la independencia a nuestros días*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Fitoussi, J.P. y Rosanvallon, P. (1996). La nueva era de las desigualdades. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- García Delgado, D. (1996). Estado y Sociedad: la nueva relación a partir del cambio estructural. Buenos Aires, Argentina: FLACSO.
- Giddens, A. (1991). *Sociología*. Barcelona, España: Alianza Editorial.
- Gómez, M. (1997). Conflictividad laboral durante el Plan de Convertibilidad en Argentina (1991-1995). *Estudios Sociológicos*, volumen 15(45), 639-689.
- Lustig, N. (2020). Desigualdad y descontento social en América Latina. *Nueva Sociedad*, número 286, 53-61.
- Quiroga, M. V. y Baggini, I. (2020) El ciclo de protestas 2001-2002 en clave local. Revisitando el periodo desde la ciudad de Río Cuarto. *RAIGAL. Revista Interdisciplinaria de Ciencias Sociales*, 6(6), 66-81.
- Retamozo, M. y Trujillo, L. (2018). Cambios estructurales y prácticas de movilización política en Argentina. Dos ciclos políticos en perspectiva (1989-2002 y 2003-2015). *Papel Político*, volumen 23(2), 1-19.
- Reygadas, L. (2004). Las redes de la desigualdad. Un enfoque multidimensional. *Política y Cultura*, volumen 1(22), 7-25.
- Rodríguez, V.N. (2018). La desigualdad en Argentina durante la década de 1990: aproximaciones desde la historia. *Antigua Matanza. Revista de Historia Regional*, 2(3), 49-81.
- Roitman, S. y Sabattini, V. (Coords.). (2017). *La trama productiva láctea de Villa María*. Villa María, Argentina: UNVM.
- Rosanvallon, P. (1995). *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Salama, P. (2006). *El desafío de las desigualdades. América Latina-Asia*. D.F, México: Siglo XXI.
- Salama, P. y Valier, J. (1994). *Neoliberalismo, pobreza y desigualdades en el tercer mundo*. París, Francia: Éditions La Découverte.
- Salvia, A. (2012). *La trampa neoliberal. Un estudio sobre los cambios en la heterogeneidad estructural y la distribución del ingreso en la Argentina: 1990-2003*. Buenos Aires, Argentina, Eudeba.
- Schuster, F., Pérez, G. et. al (2006). *Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Svampa, M. (2005). *La Sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, España: Alianza.
- Tilly, Ch. (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Touraine, A. (1994). *Las transformaciones sociales del siglo XX*. Recuperado de <https://red.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/biblioteca/lastransformacionessocialesdelsigloxxalaintouraine.pdf>
- Touraine, A. (1999). ¿Cómo salir del liberalismo? Barcelona, España: Paidós.
- Wilkinson, R. y Pickett, K. (2009). *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*. Madrid, España: Turner Publications.